

Voro Contreras

» Eduardo Halfon (Guatemala, 1971) visitaba el pasado jueves el Centre Cultural la Nau de València para hablar con el también escritor Paco Cerdà de «no fricción» y «no ficción». Un término este último que a Halfon le «provoca un poco de escozor» pero sobre el que se ha acostumbrado a hablar en público por el carácter eminentemente autobiográfico de su obra. Su último trabajo, la colección de relatos que conforman *Un hijo cualquiera* (Libros del Asteroide, 2022), es un buen ejemplo de ello.

❖ Los críticos dicen que usted está escribiendo una gran autobiografía a base de pequeños libros y relatos. ¿Está de acuerdo?

Ⓡ Por supuesto. Es un proyecto único pero que no ha sido plani-

le confronta con la paternidad. Curiosamente, el mismo mes que yo escribo esa escena mi pareja queda embarazada sorpresivamente. Ahora, en *Un hijo cualquiera*, el hijo toma cierta presencia pero no es un libro sobre él ni sobre la paternidad. La paternidad es un telón de fondo porque es inevitable que llegue una nueva vida a casa y no se meta en lo que estás contando.

❖ En estos relatos con la paternidad de fondo aprovecha para hablar de temas habituales suyos como la muerte.

Ⓡ Sí, o el judaísmo, con el que abro el libro.

❖ Sí, ese relato sobre la responsabilidad de meterle a un niño de cuatro días miles de años de Historia y religión con un simple corte de prepucio.

Ⓡ Sí, en una sola decisión. Estás imponiendo a un recién nacido

muerte le deje a él sin padre.

❖ Usted también suele escribir sobre el desarraigo y la identidad. ¿Ha encontrado con la paternidad nuevos significados a estos términos?

Ⓡ He encontrado nuevas maneras de verlos. La identidad es un concepto difícil de atrapar, pero sí siento que no es algo fijo. Y nuestra identidad también va cambiando. El hecho, por ejemplo, de que yo viva dos años en Berlín algo altera en mi identidad. Y, por supuesto, la paternidad también la altera.

❖ La sensación de desarraigo que transmite el libro es constante. Los relatos transcurren en París, Estados Unidos, Guatemala, La Rioja...

Ⓡ Yo no tengo mi Dublín como lo tenía Joyce. Nun-

cometer y decir muchas barbaridades, así que el desarraigo tampoco parece una mala solución.

Ⓡ No me lo planteó así porque he vivido siempre de esta manera. Mi vida ha sido como huir persiguiendo las oportunidades, el dinero, la posibilidad de seguir escribiendo, que no es fácil... No he decidido vivir fuera de todo y más que nunca añoro quedarme quieto, parar esto, quedarme en

algún lugar y echar raíces.

❖ Y, si pudiera, ¿en qué lugar echarías esas raíces?

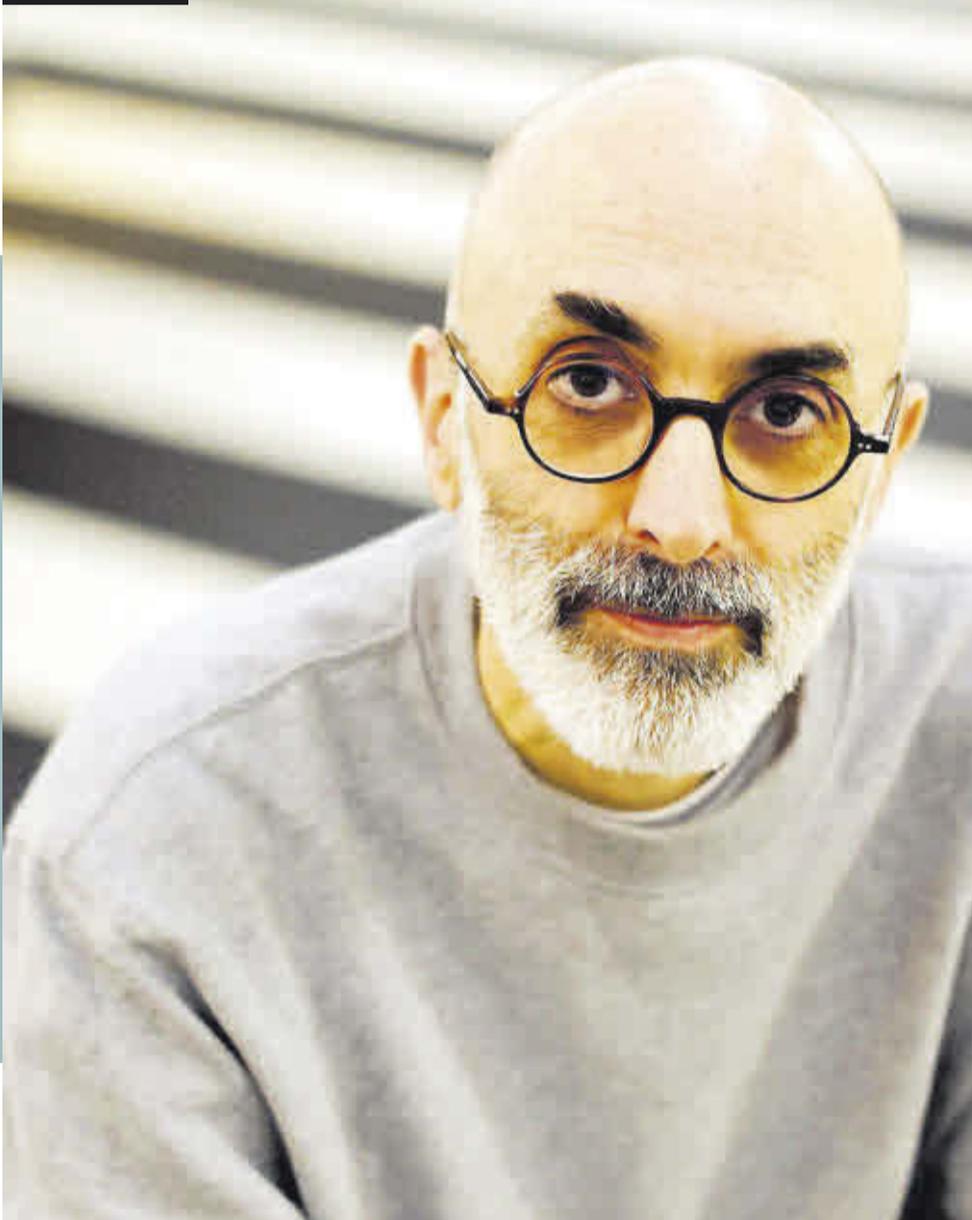
Ⓡ No lo sé.

❖ Usted era ingeniero y un día decidió ser escritor.

Ⓡ Pero no recuerdo jamás planteármelo de esta forma. Fue una cosa tan orgánica y natural, tan predestinada que no recuerdo sentarme a pensar y sopesar lo bueno y lo malo de ser escritor.

❖ ¿Se ha arrepentido alguna

El escritor Eduardo Halfon acaba de publicar «Un hijo cualquiera». L-EMV



Desde que nació mi hijo tengo la mortalidad mucho más clara»

ficado. No tiene una intencionalidad consciente, no sé hacia donde va ni qué viene después. Estoy metido en algo de lo cual solo tengo atisbos, pequeñas luces. Lo que sí nos damos cuenta a posteriori, mirando los libros hacia atrás, es que forman una especie de todo, que se hablan unos a otros, que empieza uno donde acaba el otro, que se dan la razón y se contradicen... He creado una especie de universo paralelo que he ido creando y del que no me canso de distanciarme.

❖ ¿Y ser padre le ha dado un giro argumental a esta autobiografía?

Ⓡ Ha habido un giro de algún tipo, no sé si argumental. Cuando acabé *El duelo* en 2017 yo no pensaba que iba a ser padre porque ya tenía 45 años. Al final de esa historia hay una conversación del autor con una curandera que

tu religión, tu cosmovisión, un tema que viene conmigo desde siempre como es mi relación con el judaísmo. También hablo de mi relación tan conflictiva con mi país, Guatemala, porque quiero que mi hijo se acerque a esa parte de mi identidad y de mi historia. Y claro, también está el tema de la muerte.

❖ ¿Qué es la muerte para el Halfon padre?

Ⓡ Es un tema que siempre he tenido cerca y ahora, de pronto, ha cambiado. La mortalidad nunca la he sentido tan presente como ahora, porque tengo en casa un pequeño reloj de arena, la evidencia física de cómo el tiempo corre. Todos sabemos que el tiempo corre cada vez más rápido conforme envejeces, pero al tener un hijo tengo esa mortalidad mucho más clara. El miedo a su muerte y el miedo a que mi

ca he sentido tener una ciudad o un país: voy por el mundo y cualquier ciudad es mi escenario. Ahora bien, es un desarraigo que traigo de antes incluso de nacer porque mis padres y mis abuelos ya lo tenían. He sido educado para ser un desarraigado pero ahora le estoy dando a mi hijo esa forma de vivir.

❖ ¿Y le gusta eso?

Ⓡ No, me pesa, porque él no lo pidió. Mi hijo tiene 6 años y ha vivido cada año de su vida en un país diferente. El lado positivo de tanta mudanza es que habla cuatro idiomas, es un políglota sin saberlo. Pero ya noto en él este carácter de no pertenencia. Sabe que se va despedir algún día de este apartamento, de sus amigos, de su colegio...

❖ En el nombre de la identidad y el arraigo a un lugar se suelen

Nunca he sentido tener una ciudad o un país. He sido educado para ser un desarraigado.

vez de la decisión?

Ⓡ No, porque lo que era antes de ser escritor no es lo que quería ser, era una vida impostada. Ahora, puede que suceda que esté empezando a sentir que estoy llegando al final de lo que tenía que decir. Y de la misma manera orgánica que entré, saldré. Puede suceder en cualquier momento y siento cercano ese momento. Y cuando suceda, igual me dedico a la ingeniería o me dedico a la cerámica o...

❖ O igual deja de ser un escritor que escribe sobre Eduardo Halfon pero que escribe de otras cosas.

Ⓡ Me encantaría, sería todo mucho más fácil. Podría ser escritor

¿Flor de estufa? ¡NO, gracias!

Alfons Cervera

Mes de mayo de 1916. Un libro titulado *Cartas a las mujeres de España*. Su autores Gregorio Martínez Sierra, un afamado escritor, metido también, con el mismo éxito, en el tinglado de la producción teatral. Hasta triunfó en la cinematografía de Hollywood. Un crack, como diríamos ahora, que no descuidaba ningún detalle para alcanzar el reconocimiento a cuantas más bandas posibles, mejor. Pero lo chocante es que casi todas, por no decir todas, sus obras literarias las había escrito su mujer: María de la O Lejárraga. Aunque parezca mentira -o no tanto- esa suplantación era un secreto a voces. La gente que se movía en ese ambiente conocía perfectamente que la mano que mecía la escritura era la de una mujer que habría de convertirse en una de las más importantes en las reivindicaciones feministas de aquel tiempo. No fue ella sola, claro que no. Aunque sus nombres fueran escondidos entre los de los hombres que hicieron furor en la llamada Generación del 98.

Más de cien años después regresa aquel libro con un excelente prólogo de Isabel Lizarraga Vizcarra y Juan Aguilera Sastre y con una novedad más que justificada: el nombre de María de la O Lejárraga aparece junto al de su marido. Ella misma, en algunas ocasiones, ha dejado claro que en esas cartas contó con su imprescindible colaboración, no sólo en ese proyecto sino en muchos otros. Ya en 1913 Martínez Sierra (como siempre) escribe un artículo para el X Congreso Internacional Feminista celebrado en París del 2 al 7 de junio de 1913. El título del texto es *Feminismo* y según Aguilera y Lizarraga sale al paso «de los prejuicios y la frivolidad, casi siempre teñidos de grosería e ignorancia, con que solía abordarse en España la cuestión feminista». Una revista de modas aludía a que en ese Congreso parisino «se han reunido todas las feas de la tierra». El autor del artículo (o sea, la autora) escribe: «Es triste: estamos en España tan lejos de toda corriente mundial, que seguimos creyendo que las mujeres que piden sus derechos de ser humano son marimachos sin sexo, dejadas de la mano de Dios, renegadas del amor, enemigas de la maternidad, destructoras de la santidad del hogar». Eso fue escrito en 1913. Pregunta: ¿no les parece a ustedes de plena actualidad?

Las cartas fueron publicadas en la revista Blanco y Negro a lo largo de 2015. Primera Guerra Mundial: «Los hombres están muriendo por la Patria; ellas están salvando la vida de la Patria». Y un poco más adelante: «Cuan-

do vuelvan los hombres del campo de batalla y se encuentren con que aún hay pan y hogares, a pesar de la sangre derramada, ¿cómo van a negar a las mujeres, que han sido sus iguales en heroísmo, la igualdad ante el derecho que pidan?». Las armas del saber para no quedar encerradas en las decisiones de los hombres: «Hay que prepararse; hay que aprender un poco más; hay que pensar un poco más; hay que salir del círculo encantado en que les encierran a ustedes unas cuantas mentiras bonitas de los hombres; hay que preocuparse un poco menos de la moda y un poquito más de la vida; hay que entusiasmarse menos por el flirteo y más por el derecho». Son veinticinco misivas en total, más una de regalo, como esos bonus track que salen en los discos musicales. Puede haber algunas cosas que chirrían, como cuando se alude a la caridad cristiana. Pero es que para la autora no era tanto la sola caridad sino lo que entenderíamos ahora como justicia social. No hay que olvidar el tiempo en que las cartas fueron escritas.

«Nuestro grano de arena es nuestra actividad. ¿Creen ustedes, señoras mías, que puede ser muy grande el que aporte la mujer que se deja mantener por el hombre, a cambio de proporcionarle meramente placer sensual?... Pensad que si el progreso de la mujer se ha detenido, es que está agonizando la vida de la especie. Si vosotras decís: ¡Hasta aquí llegó mi tarea!, habéis abierto las puertas de la muerte para todos nosotros»: así todas las cartas. Palabras que aguderean una realidad ingrata para las mujeres. Es el libro como una conversación con los hombres y las mujeres de su tiempo. Mujeres de todos los estratos sociales. Me reí -no está prohibida la risa en este libro, sino todo lo contrario- con el capítulo dedicado a las mujeres ricas que van a olvidar los fríos del invierno tostándose al sol y al aire del campo en medio de un aburrimiento insostenible. A lo mejor me quedo con la carta que lleva por título *Ideales nuevos. Cuatro retratos de mujer, por Walt Whitman*: «Niñas bonitas, las de quince a veinte; las que acaso leéis novelas románticas y aun, de vez en cuando, libros de versos; las que soñáis con pareceros a las heroínas ideales que han ensalzado novelistas y cantado poetas, pensando que las más alta perfección de vuestra feminidad ha de encontrarse, sin duda, en el ideal que de la mujer se han formado las grandes inteligencias masculinas... La mujer moderna ya no es flor de estufa: es árbol frutal que da flor y fruto en el soleado aire libre del huerto...». Hoy aquellas niñas bonitas son cautivas de esa obscena literatura pornoadolescente que con todo el morro escriben unas escritoras -y algunos escritores- con resultados millonarios en sus cuentas corrientes. La explotación inhumana de los amores jóvenes, las trampas a que someten los sueños de una edad que no se merece este maltrato emocional. Y para más humillación y más vergüenza: bastantes de esas escritoras (o lo que sean) son valencianas. Mejor lo dejo aquí para no cabrearme y les aconsejo que lean *Cartas a las mujeres de España*, de María de la O Lejárraga y Gregorio Martínez Sierra. Es un libro de 1916 que es como si se hubiera escrito pasado mañana. No tiene desperdicio. Ningún desperdicio. Ninguno.

de ciencia ficción o novela negra. Estaría bien porque, primero, vendería más y, segundo, no tendría que estar explicando por qué escribo.

P Habla en uno de los relatos de las tres fases del tipo de lector por las que usted ha pasado: el yonqui, el selectivo y el hijo de puta. ¿Cuál sería la cuarta? ¿El no lector?

R No. Yo no fui lector yonqui hasta los 28 años, cuando de pronto descubrí la literatura. Luego fui el artesano, el lector que quiere escribir y que trata de descifrar cómo escriben los demás. Y luego viene esta tercera etapa maldita del lector hijo de puta, intransigente, impaciente y que no tolera una narrativa floja. La cuarta, una fase que se me empieza a asomar desde hace algún tiempo, sería la del relector, el que vuelve a sus clásicos preferidos para buscar cosas nuevas.

P Porque el libro seguramente es el mismo pero el que lo lee, no.

temala he sentido ese choque.

P En su relato sobre el autor noruego y pronazi Knut Hansum se cuestiona sobre la paternidad de la maldad.

R Es el tema de la cancelación, qué haces con el arte cuyos autores eran abominables. Hansum hizo una obra maravillosa pero él era un tipo detestable que admiraba a Hitler y a Goebbels. La lista de autores detestables, como él o Celine o Neruda, es larga. ¿Qué hacer con estas grandes obras escritas por una mano inmundada? El relato no te ofrece una respuesta.

P Y en otro relato cuenta cómo inventaba para su hijo el origen de la escala de notas musicales. Ese placer de mejorar la realidad a base de mentiras es casi exclusivo de padres y de escritores, como usted.

R Sí, y es algo que también cuento en el relato sobre la pandemia, en el que me tengo que inventar juegos para mi hijo durante el confinamiento en París. Es un papel que nos tocó vivir, alejarnos de aquella incertidumbre tan grande inventándonos juegos, volviéndome en mi caso más padre que escritor. Fue como escribirle a él una nueva realidad a través del juego.

P ¿Cómo se sintió ante esa disyuntiva entre ser padre o ser escritor?

R Fue durísimo. Lo cuento en una crónica que se llama *Halfon boy*, que era una carta que le escribí a mi hijo durante el embarazo. Yo no quería ser padre y para mí aceptar la paternidad fue muy difícil. Yo sabía que la vida me iba a cambiar irremediablemente y que para un escritor que trabaja en casa, que necesita silencio, eso iba a cambiar, como así fue. El primer año de Leo, mi hijo, fue muy difícil porque no lograba volver a mi trabajo y casi incluso dejé de leer.

P Pero al final la experiencia le ha brindado la posibilidad de un nuevo libro. ¿El balance es positivo?

R Totalmente. Tienes que pasar ese primer año difícil pero luego vas encontrando visiones nuevas que solo te puede dar la paternidad. Tuve poco a poco que enamorarme no solo de mi hijo sino de este nuevo oficio de padre, posiblemente el más importante de mi vida.

R Así es. El momento que estás viendo afecta sin duda a lo que estás leyendo. No vuelves al mismo libro porque tú eres otro.

P En uno de los relatos, «Beni», habla de un militar muy cruel que mantenía tratos con su familia. ¿Cuándo uno tiene un hijo es cuando se empieza a cuestionar a sus propios padres?

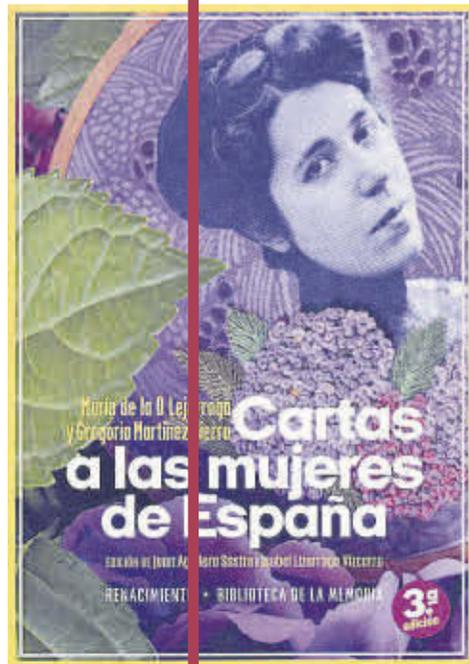
R Y a tus abuelos. Es casi surreal haber crecido en ese ambiente en el que este tipo de señor que fue un asesino pasa a ser una persona normal que ayuda con los trámites de la familia. Lo que quería en este relato era volver a la Guatemala de esa época nefasta, la de los 70 y 80, y ver el tipo de familia y el tipo de guatemalteco.

P Aquí choca la memoria histórica de un país contra la memoria familiar de uno mismo.

R Es algo que he sentido desde niño. A partir de que nos fuimos de Gua-

EDUARDO
HALFON

En los relatos de «Un hijo cualquiera», el autor guatemalteco usa la paternidad como telón de fondo para hablar de escritura, identidad y muerte.



»»» CARTAS A LAS MUJERES DE ESPAÑA María de la O Lejárraga y Gregorio Martínez Sierra. Renacimiento. Biblioteca de la Memoria, 2022. 245 páginas